

RECENSIONES

ZIMMERMANN, Michel: *Écrire et lire en Catalogne (IXe-XIIe siècle)*. Madrid, Casa de Velázquez, 2003, 1403 págs. (en 2 volúmenes), ISBN 84-95555-36-0.

En las dos últimas décadas del siglo XX en el mundo anglosajón la historia cultural ha ido asumiendo destacadas posiciones como vector interpretativo ya no de unos elementos concretos sino del conjunto de la sociedad. No deja de coincidir, en el tiempo, con una historiografía francesa atenta a la palabra, la mentalidad, la gestualidad, la simbología y el conjunto de contenidos culturales. De una y otra manera, la historia de la cultura evidencia una potencia que va mucho más allá del simple estudio de ámbitos complementarios del devenir humano, pudiendo plantearse incluso como eje conductor del análisis social.

La reciente aparición de la obra de Michel Zimmermann encaja excelentemente en este marco, a modo de monumental confirmación de las enormes posibilidades de la historia de la cultura. No se trata, en absoluto, de una improvisada adecuación a las actuales líneas historiográficas, sino que a través de una dilatada elaboración enlaza con la más brillante tradición francesa de estudio de la cultura y, sobre todo, avanza

en una particular vía de innovación de perspectivas. Cuando las aceleradas agendas editoriales y las prisas por justificar curricula imprimen un ritmo frenético a las publicaciones, que parece difícilmente compatible con la necesidad de la reflexión y contrastación serena, este libro rezuma el poso de la madurez, propio de una larga elaboración que incluye, incluso, un seguramente excesivo reposo final en bodega antes de ver la luz. Ciertamente, las investigaciones sobre la documentación catalana a inicios de la década de los 70 del pasado siglo XX permitieron al autor elaborar modélicamente una de las añoradas «thèse d'état», defendida en Toulouse en 1992 y que, tras el tránsito editorial, culmina en la presente publicación de 2003, presentada y difundida, propiamente, a partir del año siguiente. Ha sido, no hace falta decirlo, una obra largamente esperada sobre todo a medida que, durante las últimas décadas, Michel Zimmermann, en sus diferentes intervenciones en el concierto científico, iba ofreciéndonos pequeñas muestras de

lo que se adivinaba un específico edificio interpretativo.

El objeto y la cronología de estudio son capitales para comprender el reto asumido por el autor. A partir del siglo IX los condados carolingios situados en el extremo noreste de la península ibérica se van desgajando del imperio y empiezan una andadura individualizada que culmina en el siglo XII con la cohesión de un espacio común denominado Cataluña. Ante esta realidad, Zimmermann demuestra que la cultura no sólo es un prisma desde el que analizar el recorrido sino que, ante todo, es el vehículo y el espejo de lo acaecido. Este es el primer reto: constatar si «escribir y leer» puede describir la evolución de toda una sociedad, en sus diferentes niveles y en su específico tránsito secular. La cuestión conlleva, aparejada, la duda sobre los posibles ámbitos de opacidad: acuerdos orales, derecho costumario, pueblo analfabeto... Al desarrollar la investigación, el autor despeja con contundencia la incógnita, convencido de que *«c'est par et dans l'écriture que surgit la Catalogne. Une écriture du quotidien dessinant peu à peu les contours d'une entité géographique nouvelle, introduisant une organisation du temps qui ouvre l'accès à l'histoire, donnant le jour aux premiers mots d'une langue en formation»* (p. 60), lo que explica que *«la maîtrise de l'écriture introduit dans la société catalane un clivage décisif»* (p. 79). El elevado volumen de documentación altomedieval conservada en Cataluña, por tanto, no responde a un simple azar en la conservación sino a que *«elle joue un rôle direct dans le façonnement de l'existence individuelle et collective»* (p. 2).

Esta respuesta, tan atenta a la propia evolución de la sociedad en un espa-

cio y tiempo concreto, prepara otra pregunta: estamos ante una singularidad o, diferentemente, ante una realidad que, con las debidas adaptaciones, sería perfectamente homologable a otros espacios europeos en una cronología similar. Se lo plantea Pierre Toubert, en el prefacio de la obra, pregunta retórica que le permite matizar la singularidad cuantitativa tantas veces repetida ante el enorme volumen de fuentes conservadas en Cataluña, a la vez que también le permite percibir una especificidad fruto de una sociedad que integra en su nuevo marco carolingio un *«conservatisme wisigothique»* y que se ve obligada a evolucionar ante la frontera, lo que le impone un sesgo más innovador y menos normativo que en ámbitos más estabilizados como los franceses e italianos. Es el recorrido que expone Zimmermann: una base enraizada en la cultura latina hispánica —*«l'Espagne est restée marquée plus longtemps que le reste de l'Europe barbare par la culture antique et la civilisation de l'écrit s'y est largement perpétuée»* (p. 668)—, una integración en el conjunto carolingio que asume el legado cultural visigodo —*«comme dans les domaines du droit et de l'anthroponymie, le premier effet de la «libération» franque est de reveiller et exalter la tradition gothique»* (p. 752)— y que pronto, ante el desmoronamiento imperial, debe de hacer frente a su propio desarrollo en un escenario específico por el que *«la Catalogne constitue une passerelle entre l'Orient et l'Occident chrétien»* (p. 963), lo que facilita singularidades en ámbitos tan dispares como la práctica testamentaria o la integración social de la función de la escritura, a lo largo de un recorrido que culmina en el siglo XII con una cohesión de la sociedad situada en este espacio que invita ya *«à parler de*

culture catalane» (p. 1013). Ante esta realidad, la cultura no lo explica todo, pero se impone como una perspectiva necesaria porque es uno de los pilares del edificio: «à côté de la construction politique et de l'expansion économique, l'expression intellectuelle représente le troisième volet de l'affirmation catalane» (p. 3).

Estos rasgos específicos, más que delimitar un ámbito singular, precisan el marco geográfico y cronológico de una sociedad cuya evolución, en su conjunto, es el objeto de estudio de Michel Zimmermann. Se trata de una investigación más exhaustiva de lo que el autor confiesa con modestia, presentada con una narración ordenada, constantemente asistida por la documentación, sugestiva por la innovación del planteamiento, atrayente por su delicado estilo literario, apasionante por la claridad con que va avanzando en el discurso interpretativo, y concluyente por la coherencia con que se va construyendo un articulado edificio explicativo.

Cada una de las cuatro partes en que se divide la obra presenta una plena coherencia interna a la vez que el encaje mutuo supone un progresivo ascenso en una lograda visión unitaria. La primera parte, «*le choix de l'écriture*» (p. 7-170), refleja la integración de la escritura en la cotidianeidad, a partir de la tradición legal visigoda, registrando testamentos y transacciones, lo que se inserta perfectamente en una realidad feudal de juramentos de fidelidad y «querimoniae» que se sostiene, precisamente, sobre el documento escrito, erigido en base de una específica memoria, con todas sus consecuencias. La escritura es así objeto de un respeto que justifica las preocupaciones por la corrección, la conservación, la reparación o la copia y que con-

lleva, a la vez, la familiaridad de los escribanos, en quienes se puede detectar el placer de escribir o de entregarse a juegos de palabras. El prestigio de la letra no sólo afecta a los clérigos que la dominan sino también a los laicos que, de modo muy extendido hasta el siglo XI, quieren escribir autógrafamente su nombre en los documentos y que asumen su conocimiento como indicador de prestigio. El ejercicio de la escritura está en manos eclesiásticas, lo que permite reseguir y periodizar las distintas escribanías monacales y episcopales, de importancia central hasta el desarrollo, en el siglo XII, del notariado. Éste, depositario de la «*fides publica*» y definido bajo la recepción del derecho romano, abre ya las nuevas perspectivas bajomedievales.

En la segunda parte, «*Movements et pulsions de l'écriture*» (p. 171-462), el autor entra en el interior del texto, analiza el léxico, la construcción de la frase, la sintaxis y los procedimientos de la escritura. El recorrido le permite apreciar un latín vivo, enriquecido en el vocabulario y alterado en la sintaxis por la presión de la lengua hablada, hasta que ésta, ya en el siglo XII, afianza sus propios dominios y el latín escriptuario se ciñe a su definición de lengua clásica. No sólo la consolidación de la lengua vernácula y la cohesión política son dos caras de una misma realidad sino que la utilización del idioma propio va consolidando, ya en el siglo XI, la vía hacia una compartida y específica identidad reflejada en la onomástica, la medida del tiempo y la metrología. A la vez, la lengua vernácula vehicula la presión de las nuevas realidades sociales y jurídicas sobre el latín escriptuario, lo que impone una constante adaptación en las

escrituras. Así, la tipología documental recoge los distintos actos de la cotidianidad, por lo que su análisis evidencia la necesidad de extremar la prudencia ante las interpretaciones de los diferentes términos. Los documentos gozan de suficiente singularidad para reflejar, especialmente en preámbulos y escatocolos, la personalidad literaria del escribano. Aún más, la escritura culta se puede entregar al placer creativo, recurriendo a la erudición, el uso de glosarios y a recursos como los términos griegos. De una y otra manera, se sitúa el presente en relación con una determinada memoria del pasado, con unos anclajes sociales y políticos, como da buena cuenta de ello la evolución en la datación de los documentos, y con unas asumidas esperanzas y, sobre todo, temores personales respecto a la salvación eterna, tal como se refleja en las invocaciones utilizadas.

En la tercera parte, «*Livres et lectures*» (p. 464-614), el autor penetra en el interior de los «*scriptorium*»; analiza su producción libraria; constata su importancia regional y su inferioridad respecto otros centros europeos; aprecia su función social, por el prestigio de sus poseedores, por el coste económico y por las estrategias en su uso; y resigue el progresivo equipamiento librario de las iglesias, continuamente alimentado hasta mediados del siglo XI. Así penetra decididamente en el interior de las bibliotecas, comparándolas para constatar, por ejemplo, la ausencia de libros de espiritualidad, literatura o ciencia entre los obispos; la recepción de la patrística, entre los canónigos, del siglo XII; el mantenimiento de obras litúrgicas visigodas en la completa biblioteca Ripoll, también plenamente dotada para impar-

tir una completa enseñanza del *trivium* y del *quadrivium*; la reducida biblioteca de los cenobios cistercienses, pensadas más para el recogimiento espiritual que para el saber intelectual; y una evolución en la que el inicial protagonismo de las bibliotecas monacales cede paso, en el siglo XII, a las capitulares.

La cuarta parte (p. 615-1014) culmina el recorrido al describir una decidida «*Genèse culturelle*», fruto de conservar las raíces godas, bien testimoniadas en el derecho, y de asumir una nueva identidad imbricada no hacia el este peninsular sino hacia el norte europeo, con quien, a lo largo del siglo IX, se estrechan los lazos mediante la nueva liturgia romana y se intensifican intercambios culturales que comportan la salida hacia Europa de manuscritos isidorianos. En esta génesis cultural ejerce un destacado papel el mantenimiento de los clásicos latinos y la influencia de una patrística que, con la entrada en la órbita carolingia, muta los referentes africanos propios de la Iglesia visigoda por los romanos, concediendo un pleno protagonismo a Gregorio el Grande, cuyas obras mantendrán la preeminencia secularmente. La huella carolingia igualmente se percibe en las obras de la reglamentación de la vida religiosa y monástica o, también, en la gramática, por la reiterada presencia de la obra de Beda. El recorrido en la formación de una identidad cultural prosigue, en los siglos X y XI, a través de la influencia de Cluny, el contacto con Italia y Roma, la relación con los centros occitanos y las peregrinaciones. Éstas, no sólo introducen con vigor la atracción por el Santo Sepulcro de Jerusalén sino que, al enlazar con Compostela, facilitan un reencuentro con el inter-

ior peninsular. A la vez, la relación con la Córdoba musulmana alimenta un innovador despertar matemático y astronómico, con la introducción de la experimentación que atrae a Gerbert d'Orlhac. La génesis cultural implica una específica orientación hacia la formación, con atención a la pastoral y a la celebración litúrgica, y hacia la educación. Ésta obliga a atender la evolución en la responsabilidad del capíscolo y en las tareas de gramáticos y escolares, auxiliados con sus manuales de gramática y abocados a una enseñanza basada sobre todo en la memorización. La memoria escrita no deja de formar parte de una obsesión por la legalidad, asumida por la práctica notarial e incrustada en la identidad cultural. La cohesión afianzada en el siglo XII concuerda en que ahora el país reciba su corónimo común —Cataluña— y que surja la preocupación por elaborar un específico discurso histórico, que enlaza con la voluntad de enraizar las dinastías condales dirigentes.

Finalmente, además de la orientación proporcionada por la constatación de las fuentes documentales y la bibliografía utilizadas, son de destacar los interesantes apéndices, que ejemplifican, y a veces cuantifican, la aportación. Lástima que se reproducen unos mapas procedentes de obras anticuadas con graves errores en los perfiles condales (p. 1242-1243) a pesar de existir otros más recientes y ajustados a la realidad histórica.

El autor consigue una obra armónica y trabada, culminando un homogéneo conjunto analítico, donde la pericia interpretativa se sustenta en una permanente base documental. Ésta a menudo es conducida hasta unos puntos interpretativos que incitan a proseguir el razonamiento por vías que han

ocupado la historiografía reciente, y quizás por esto mismo no recogidas en la obra, en ámbitos como la evolución de la sociedad de frontera, las relaciones bélicas y de intercambio entre la sociedad condal y la andalusí, el carácter especulativo y práctico de las innovaciones en el estudio de los astros y la matemática, la función benedictinizada de Cluny también en Navarra, la contextualización de la actuación de la casa de Urgel en León y Castilla, la relación legitimadora entre linajes nobiliarios y centros occitanos, la lectura política de pretensiones de preeminencia eclesiástica como la del abad Cesa-reo, la vinculación de las capitales conquistadas en el siglo XII con las tierras occitanas o nuevos análisis en la evolución formativa del precatalán. De todos modos, está claro que el autor acota intencionadamente su campo y, ante el peligro de dispersión, opta por delimitar con primor su ámbito sin traspasar la línea donde el documento le deja frente a los diversos entresijos de lo que constituye su argumento específico: los vínculos feudales, las condiciones de los campesinos, el desarrollo económico... Es la misma prudencia por la que no se prolongan análisis que restan sólo apuntados como, por ejemplo, al apreciar el sentido público inherente al notariado que facilitará, ya en el siglo XII, encabezar la ofensiva regia para incorporarlo entre sus competencias, comportando tanto un específico trato con la Iglesia como una concreta inserción en los emergentes colectivos urbanos. Entre las pistas que no se han seguido, algunas quizás podrían ser sugerentes, como la vinculación del monasterio de Santa María de Cervià con el piomontés Sant Michele della Chiusa, a manera de engarce de las vías occitana y

romana. De modo más destacado, quizás la dispersión del conjunto documental de Santa Maria de Bellpuig de las Avellanes explica que apenas se haya seguido esta pista, a pesar de ser altamente tentadora porque, al comportar la instalación de los canónigos premostratenses de la mano de los condes de Urgel, los mismos que ya los han avalado en Castilla, se abriría una doble vía de estudio, hacia el norte francés y hacia el interior peninsular. En esta última dirección, la coincidencia en determinados usos y modas, como el recurso a helenismos, y la existencia de intercambios librarios permiten mantener abiertas hipótesis sobre mayores similitudes e incluso contactos que sólo estudios comparativos en el resto de la península podrán despejar.

Quizás la no incorporación de bibliografía reciente explica que en la obra se asuma la datación de 839 para el acta de consagración de la catedral de Urgel, a pesar de la plena aceptación actual de la falsedad del documento. Ésta, como todas las falsificaciones coetáneas, respondía a unos intereses muy concretos de la sede catedralicia. En este sentido, se encuentra a faltar en el presente libro que el autor explique por qué ha optado por no abordar e integrar en su investigación un ámbito tan extenso y central como es el correspondiente a las falsificaciones. Medio siglo después de que Ramon d'Abadal advir-

tiera sobre las primorosas —e interesadas— tareas falsificadoras surgidas de cenobios como Alaón, Gerri de la Sal o Lavaix, equiparables a las producidas por Sant Serni de Tavernoles, hoy está plenamente asumido que la escritura y la lectura eran una contundente instrumento con que armar, si cabe fraudulentamente, determinadas comunidades y episcopados ante el permanente juego del poder, del que dependía el necesario goce de rentas y derechos. En este sentido, parece que aquí tendría que tener su espacio de análisis no sólo el encaje entre escritura y poder sino también recursos como la falsificación, valorando su realidad, su inserción social y la dificultad de su detección diplomática.

Estas mismas sugerencias demuestran que la presente aportación, a la vez que se evidencia como una elaborada y conseguida obra bien trabada y articulada, con un hilo conductor estable y coherente, también mantiene unas puertas abiertas para proseguir la investigación a partir de sus propios postulados, tal y como con gusto asume el propio autor. En cualquier caso, estamos ante una obra que se impone como nuevo e indispensable referente para el conocimiento de la sociedad que entre los siglos IX y XII alumbró el nacimiento de Cataluña y que, sobre esta aportación, abre renovadas e innovadoras vías en la historia de la cultura medieval.

Flocel Sabaté Curull
Universitat de Lleida